

**Ponencia: "El artista como motor de crecimiento social y cultural"****Autor: David Casacuberta (UAB - Trànsit)****Mesa Redonda 1: "Los públicos de un proyecto cultural y su disponibilidad para aprender y experimentar"**

---

Para encontrar alguien que todavía crea que la única función del artista es crear belleza, encerrado en su torre de marfil, deberíamos irle a buscar a alguna de estas quiméricas torres de marfil. La pregunta ya no puede ser ¿tiene el artista una función social? sino ¿qué diferentes tipos de funciones sociales pueden asumir los artistas? y, sobre todo, ¿cómo podemos evaluar la efectividad de la función social del artista? Sería por lo tanto superfluo por parte mía pontificar ahora alrededor de la función social del artista, como si sólo hubiera una, especificada en los Diez Mandamientos, la Escuela de Frankfurt o el último artículo en colaboración de Hardt y Negri.

Por lo tanto, más que entrar en un estéril debate alrededor de cuál es el verdadero artista/activista, propongo otra búsqueda: intentar establecer qué son los mecanismos que hacen posible esta verdadera acción social activista del artista, indagar cuáles son las condiciones necesarias y suficientes, la condición de posibilidad del activismo. Para hacerlo seguiré con cierto detalle las teorías del filósofo político italiano Roberto Esposito, tal y como están establecidas en su trilogía *Communitas, Immunitas y Bios*. Para el Sr. Esposito, que se sitúa dentro de la corriente iniciada por Michel Foucault de la biopolítica, la historia de la modernidad es de hecho una lucha entre Comunidad e Inmunidad. Del mismo modo que ahora modestamente queremos establecer las condiciones de posibilidad del activismo, Roberto Esposito tiene un objetivo muy ambicioso y filosóficamente cumplido, describir cuáles son las condiciones de posibilidad de una comunidad. A estilo de otros pensadores continentales, analiza el origen del término "Comunidad" que surge del latino *munus*, que podríamos traducir libremente como "regalo que uno está obligado a volver". Por entendernos -si se me permite la simplificación- cuando invitamos a nuestros amigos a una ronda de cervezas estamos estableciendo un *munus*. Tanto nuestros amigos como nosotros mismos sabemos que esta ronda se debe devolver de alguna manera.

Resumiendo, Roberto Esposito nos viene a decir que para construir una comunidad necesitamos establecer también una serie de hábitos alrededor de compartir y cooperar,

construidos todos sobre esta idea de *munus*. Cuando esperamos cobrar la jubilación tras pagar nuestros impuestos, estamos de hecho estableciendo un *munus*. Cuando nos quejamos del mal estado de las carreteras, estamos pidiéndonos por como se administra nuestro *munus*. Cuando habla de inmunidad no piensa en el uso actual del término, asociado a la medicina, sino, de nuevo, en la etimología de esta palabra. Desde esta perspectiva una persona inmune es, simplemente, aquella que no debe pagar el *munus*. Cuando habla de inmunidad piensa en aquellos individuos que por clase social, situación económica, edad, etc. no están obligados a volver devolver a la sociedad lo que esta les ofrece. El inmune se va así separando de la sociedad, construyéndose como un individuo separado del resto. Incluso hoy en día podemos detectar este uso alternativo del término, en expresiones cómo “Inmunidad diplomática” que no tiene nada a ver con los virus. La historia de la Modernidad es, según Roberto Esposito, crear varias teorías éticas, artísticas y filosóficas que garanticen varios procesos de inmunización que a su vez facilitan procesos de individuación, por tal de fortalecernos como individuos.

Por ejemplo, pensamos en todo el ritual alrededor del acto de dar clases: La tarima que sube al profesor por encima de los alumnos, el hecho de qué el profesor tiene el privilegio de habla y el alumno sólo puede preguntar cuando el profesor lo encuentra adecuado es un ritual de inmunización de la comunidad educativa que favorece la construcción de identidades individuales como profesor, alumno, etc. Así cuando nos preguntan “¿quién somos?” Podemos contestar que somos profesores de filosofía de la UAB, un estudiante de doctorado de biotecnología, etc. R. Esposito se inspira en el primer contrato social filosófico, el de Hobbes y la idea de Leviathan.

Recordamos que según Hobbes, los seres humanos estaban en un estado de guerra continúa debido a su egoísmo rampante. Por este motivo deciden establecer un contrato social y dar poderes especiales a un individuo -el rey- para acabar con este estado de guerra continúa. Entre otras herramientas, Hobbes utiliza el mito del Leviathan. Para él es muy significativa esta imagen de todos los ciudadanos uniéndose en un único cuerpo, con el soberano como cabeza. Gracias a este proceso, los ciudadanos se inmunizan contra la violencia, dándole al soberano – al Sido- exclusividad en el ejercicio de esta.

Como es común en los estudios de biopolítica -Agamben o Foucault creen que la comprensión de la barbarie del Holocausto es vital para dar sentido a los principios de la biopolítica- analiza también al nazismo reflejando no la simple barbarie y el tratamiento inhumano sino la muestra de hasta dónde puede llegar la locura de los procesos de inmunización. Como agudamente observa R. Esposito, aquellos que observan que los nazis trataban a los judíos “como si fueran animales” no ha entendido realmente las implicaciones del nazismo. R. Esposito indica como los nazis fueron, de hecho, los primeros al sacar leyes para proteger los animales en experimentos o granjas. No se trataba meramente de una “pérdida de humanidad”, si no de

algo mucho más complejo y siniestro: un proceso sistemático de exterminio de una raza con tal de garantizar la existencia de una comunidad, basándose en un proceso extremo de inmunización. Cómo podemos ver perfectamente en su análisis del nazismo, la inmunización acaba por separarnos de aquello que es diferente, y esto hace que nuestra identidad como comunidad se genere distanciándonos de otras comunidades. Somos unos individuos que comparten una serie de características (raza, equipo de fútbol favorito, preferencia sexual, etc.) y no nos queremos mezclar con gente que no tengan estas características. Nos queremos inmunizar de ellos. La construcción del catalanismo se hace normalmente oponiéndose al españolismo, y viceversa. Ser del Barça implica en su paquete emocional alegrarse cuando el Real Madrid pierde.

Estos procesos de inmunización facilitan ir superponiendo identidades, todas exclusivistas, que nos crean una falsa sensación de yo, según se acumulan. El resultado es que cada vez estamos más alejados de nuestra realidad y nuestra comunidad. Creo que esta idea de procesos de inmunización es perfecto para entender la sociedad actual: estamos bastante alejados, alienados, de la realidad, detrás de capas y capas de sistemas inmunológicos para organizarnos como individuos. Las inmunizaciones que nos hace occidentales, europeos, españoles, catalanes, de Barcelona etc. hacen reaccionar nuestros anticuerpos conceptuales contra los emigrantes llegados de otras tierras, contra las culturas diferentes, contra la gente que vive la vida de forma diferente a la que consideramos "correcta".

El arte no es precisamente ajeno a estos procesos de inmunización. Desde el Romanticismo hemos potenciado la idea de un genio creador, de una persona con talento especial que tiene la inmunidad para crear, mientras que nosotros nos debemos limitar a contemplar su genialidad. Si originalmente el arte era una cosa comunitaria, donde todo el mundo podría participar, la Modernidad y el Romanticismo ha creado procesos de inmunización, separando los que son artistas de los que no lo son. ¿Cómo podemos luchar contra esta inmunización exclusiva que destruye los lazos comunitarios? Evidentemente, la respuesta no es añorar una época anterior donde todos éramos miembros de una comunidad. Por un lado, no resulta posible y por otro, como R. Esposito intenta argumentar, sin procesos de inmunización no puede haber individuos. La solución, tal y como propone el autor de *Bios* es repensar los procesos de inmunización, para que sean inclusivos y no exclusivos. Utiliza el proceso biológico de inmunización del nacimiento como ejemplo de este tipo de mecanismo. Él observa como, biológicamente, el futuro hijo de una madre en gestación es un objeto extraño, con un DNA diferente de la madre, y que, por lo tanto, debería ser atacado por su sistema inmunológico. Aun así lo que sucede es lo contrario: el sistema inmunológico hace al niño suyo, y la madre transmite buena parte de su protección al cuerpo del futuro recién nacido. Esta metáfora debería ser nuestra guía para establecer procesos inclusivos de inmunización, que permiten construir procesos de individuación que no difieren con aquello que es diferente, si no que incluyen aquello nuevo, aquello diferente y le dan cabida. La condición de posibilidad del artista para ser un verdadero motor social es por lo tanto generar procesos de individuación

inclusivos. Esto implica recuperar el espíritu del arte comunitario y hacer de todo el mundo, como defendía Joseph Beuys, un artista. No argumentar, en un posicionamiento de capacidades, qué todo el mundo puede llegar a ser, si se esfuerza lo suficiente, un artista, sino que todos son de forma natural creadores, todos somos artistas. Pocas reflexiones tienen tanta fuerza como esta idea “cada hombre, un artista”. Ofrecemos un nuevo rol a ciudadanos que tradicionalmente se han encontrado ejerciendo el mero papel de consumidores y les mostramos que pueden crear.

Esto no tiene un valor meramente estético, si no que también incluye un posicionamiento ético, que es el que lo hace tan interesante. Convertir al ciudadano común en artista es una forma clave de potenciar su autoestima y, sobre todo, de ofrecerle la posibilidad de ejercer como agente activo, desinmunizarse de toda una serie de procesos individuales que le convertían en un mero consumidor de las cosas que hacían otros, y dándole las riendas para tener el verdadero control de su vida. Pensar que todos somos artistas, y no sólo algunos escogidos, facilita también que nos cuestionemos procesos discriminatorios sobre “nosotros” y los “otros”. Si este vecino magrebí mío también puede ser artista, y los dos hemos participado en un proceso de creación colectivo, mi imagen debería cambiar radicalmente. Ya no es el otro. El proceso de hacer arte juntos y de ser bautizados los dos como “artistas” nos une en una misma comunidad inclusiva.

Pocas cosas son tan útiles y necesarias en nuestra sociedad como establecer procesos de individuación. Estos procesos se pueden articular de muchas formas: pueden ser ejercicios puramente conceptuales, como los trabajos de Fluxus, que seguramente nunca liberaron a nadie, pero crearon todo un movimiento reivindicativo en el arte que nos ha traído el arte comunitario o el desarrollo cultural comunitario. No es necesario que sean procesos de acción directa, pese a que también pueden serlo. Lo importante es que el objetivo final no sea simplemente seguir una determinada agenda política, demostrar una abstracta tesis filosófica o -mucho peor- llenar las páginas de un libro de artista, si no realmente trabajar por establecer nuevos procesos inclusivos de individuación. Después encontraremos muchos nombres para estas actuaciones: artista comprometido, activista, desarrollo cultural comunitario, arte comunitario, arte de proximidad. Los gatos pueden ser de muchos colores; lo importante es que cacen las ratas de la individuación inclusiva.